

MI PADRE

AGUSTIN ALVAREZ

Agustín J. Alvarez

NO HAY GRANDE HOMBRE para su ayuda de cámara, dice un conocido adagio, queriendo significar con ello que todo personaje de actuación pública es en cierto modo un actor que desempeña un papel lucido o impecable, que el público admira y aplaude, pero que visto fuera de la escena, en la intimidad, como quien dijera en su camarín o entre bambalinas, pierde prestigio al ponerse al descubierto la vulgar realidad de un ser humano como todos, con su dosis individual de humanas debilidades, defectos o vicios.

Con mi padre tal cosa no ocurrió, porque jamás hubo en él esa dualidad o desdoblamiento entre el hombre público y el que vivía con los suyos y podían ver y juzgar las personas del servicio doméstico. Quizá su característica más sobresaliente fué la sinceridad; sinceridad absoluta consigo mismo y con los demás. El hombre de entrecasa era exactamente el mismo que dictaba cátedras, daba conferencias, presidía sociedades o administraba justicia.

Más aún, dado su carácter sencillo, ajeno a toda teatralidad, enemigo de cualquier exhibicionismo o vanagloria, auténticamente modesto, estimo que, por el contrario, sólo pudieron apre-

ciarlo en su real valor quienes estuvieron cerca suyo, y en el grado en que lo estuvieron. Sus allegados más próximos seríamos así, paradójicamente —no obstante comprendernos “las generales de la ley”—, los testigos mejor calificados para revelar la realidad esencial de Agustín Alvarez, y ante todo y en primer lugar, mi madre, que convivió con él durante más de 25 años, en una unión feliz, de plena armonía y leal colaboración recíproca, en ningún instante perturbada por desacuerdos o disidencias, lapso que sólo cesó por su prematura muerte. Felizmente, mi madre, que a pesar de su avanzada edad se conserva en la plena lucidez de sus facultades y mantiene encendida la llama viva del recuerdo y el afecto, sigue siendo el insustituible testigo de una vida ejemplar, y a ella he apelado para corroborar algunas de las manifestaciones que hago más adelante.

No es fácil ni sencillo trazar en pocas páginas, una semblanza íntima ni dar un juicio integral sobre el propio progenitor. Con todo, intentaré hacerlo.

Era mi padre un hombre de estatura mediana, de constitución robusta, bien proporcionado, ni delgado ni obeso.

Su cabeza, de curvas armoniosas y bien implantada, exhibía un rostro trigüeño, de criollo cuyano, de rasgos finos, nariz aguileña y amplia frente. Llevaba muy corta, casi al rape, "en cepillo", su cabellera castaño oscura, con sus cabellos enhiestos. Aunque, de acuerdo con retratos de la adolescencia o la juventud, su rostro fuera lampiño en algún tiempo, y en cierta época llevara bigote únicamente, mientras yo le conocí usaba mostachos a la española, retorcidos, y completados con una perilla, breve y afilada en punta. Detrás de sus anteojos brillaban, irradiando bondad y simpatía, sus vivaces ojos castaños.

Pulcro en su persona y sencillo en su ropa, carecía de toda preocupación vestimentaria que no fuera la del confort, y era enemigo del excesivo aliño. Con sentido práctico, prefería la ropa y el calzado holgados a cualquier posible elegancia lograda a costa de la comodidad.

Llano, afable, sensato y equilibrado, había llegado a adquirir un extraordinario dominio de sí; jamás mi madre le vió un arrebató de cólera, o siquiera mostrando malhumor o enojo ante una contrariedad o un disgusto. Lo cual no significa que careciera de emotividad o fuera insensible al dolor propio o ajeno. Nada de eso. Era, por el contrario, compasivo y comprensivo. Sólo que sabía controlar sus emociones.

La sencillez de su atuendo exterior correspondía a la simplicidad de su vida y sus costumbres. Su único vicio era el cigarrillo negro. Raramente salía de noche, salvo cuando tenía alguna reunión en la que era necesaria o indispensable su presencia. El teatro le atraía poco y rara vez concurría a él.

Algunas veces, en sus últimos años, iba al cine.

Era un trabajador infatigable. Así como no recuerdo haberlo visto enojado, alterado o incontrolado en su lenguaje, tampoco recuerdo haberlo visto inactivo. En realidad, su descanso consistía en cambiar de actividad. El tiempo que no debía dedicar a sus cátedras u otras ocupaciones, lo invertía leyendo o escribiendo en casa. Algunas noches recibía a amigos, con quienes mantenía una animada tertulia en la que se trataban por lo común temas políticos, sociales o literarios, tertulias en las que, en determinado momento, se servía invariablemente una taza de té.

Los domingos o feriados eran dedicados, por las mañanas, a trabajos manuales que por lo común compartíamos sus hijos, en calidad de mirones o de auxiliares. En su banco de carpintero, instalado al aire libre bajo un techo de cinc, en el último patio de la casa, llevaba a cabo pequeñas tareas de reparación. También se ocupaba de poner remedio a desperfectos diversos, de esos que siempre ocurren en todas las casas: arreglo de puertas o ventanas, picaportes, fallebas, cerraduras, robinetes, reposición de vidros rotos o emblecado de las juntas de las baldosas que cubrían la extensa azotea, indispensables para corregir las goteras puestas de manifiesto por el último aguacero. Las tardes de esos domingos o feriados estaban destinadas a paseos con sus hijos varones y que, con distintos itinerarios, tenían un desarrollo casi siempre uniforme: ida a pie hasta el lugar de destino, a veces bastante distante de nuestro hogar, como Parque Lezama, Mataderos, Isla Maciel, plaza de Flores, etc.; alto en el despacho de

MI PADRE

bebidas de un almacén cualquiera, para ingerir sendas "sodas de bolita", medida de higiénica prudencia, dada la inseguridad sobre la calidad del agua de bebida en los suburbios bonaerenses a comienzos de este siglo. Y que además tenía la ventaja de permitir prescindir de cualquier vaso o copa. Luego, regreso en tranvía. Estas excursiones ofrecían la oportunidad para amenas y provechosas lecciones de cosas.

Por convicción, era abstemio y vegetariano; dormía, además, por razones higiénicas, en una cama dura, en la que el elástico había sido sustituido por unos tablones. No conocía ni practicaba ningún juego de azar. Predicaba y practicaba la economía, virtud que consiste simplemente en evitar los gastos inútiles; no quería que nada se malgastara, ni se desperdiciara. Nos perseguía para que no dejáramos una canilla abierta o una luz encendida sin necesidad. Aprovechaba cuanto era utilizable de los materiales usados, para las necesidades eventuales de toda casa; era raro que no tuviera a mano algo que hiciera falta, clavos, tornillos, alambres, piolines, botones, etc., sin tener que recurrir a una ferretería. Pero la economía no le hacía ser mezquino; todo lo contrario. Por ejemplo, sus hijos nunca carecimos de nada y podíamos hacer uso, casi sin limitaciones, de sendas cuentas abiertas en una farmacia y una librería del barrio. Jamás quiso adquirir nada al fiado o a crédito. No tenía ambiciones desmedidas y era feliz ajustando sus gastos a sus entradas, sin pretender cuanto no estuviera al alcance de su capacidad económica normal.

A pesar del carácter sencillo, frugal y austero de su vida, no había en él

nada del puritano o del Tartufo. Si era exigente consigo mismo, no lo era en el mismo grado con los demás. Comprensivo y tolerante, estaba animado por una sana alegría y fundamental optimismo.

Su condición de huérfano de padre y madre desde la más tierna infancia, y las vicisitudes de tantos años sin el calor de un hogar, habíanle ocasionado una especie de invalidez expresiva o de cortedad para dar rienda suelta a sus emociones. No era efusivo, pero no obstaba para que sus hijos lo comprendiéramos y apreciáramos toda la intensidad de su cariño. Nunca nos tuteó. Sus reprimendas, que temíamos más que cualquier castigo físico, sólo ocurrían cuando se trataba de algo importante, y eran siempre administradas sin testigos, para no menoscabar ante nadie nuestra dignidad y enseñarnos así a respetarla nosotros también.

Dado el medio ambiente provinciano, esencialmente conservador y ultramontano, en que recibió su primera educación y la forma en que esta debió desarrollarse, es realmente insólito que pudiera emanciparse de los prejuicios lugareños para hacerse de un pensamiento propio, casi diametralmente opuesto al que se le inculcara, buscando y encontrando sus verdaderos maestros en los autores de los libros que gozaron de su predilección.

Su educación sólo le había dejado una laguna, una zona poco cultivada en su espíritu: la referente al arte en general. Y casi es lógico que así fuera. ¿Qué clase de educación estética pudo recibir en Mendoza un niño desvalido, entre 1864 y 1875? ¿Y más tarde, un cadete del Colegio Militar de la Nación, entre 1876 y 1878?

Nunca le vi dibujar o hacer algún

pequeño croquis para ahorrar tiempo a una descripción o a una explicación. Las artes plásticas no tenían gran atracción para él. Carecía casi totalmente de oído musical; jamás recuerdo haberle oído canturrear o silbar algo. No sabía bailar, ni le gustaba el baile. No creo que la poesía despertara en él gran emoción, ni sé que jamás escribiera dos líneas en verso. Sólo concebía al teatro como motivo de solaz o distracción, como medida de higiene mental. No gustaba del drama ni la tragedia; prefería las comedias. El cinematógrafo, que conoció cuando apenas estaba en sus primeros balbuceos, contó inmediatamente con su simpatía, pues previó las grandes perspectivas que ofrecía como instrumento didáctico. Era entusiasta partidario del circo y festejaba a la par de sus hijos su variado espectáculo, en particular las entradas cómicas de Frank Brown, en el viejo teatro San Martín.

Cuando leía o escribía podía abstraerse en grado tal que no le interrumpían ni molestaban los juegos bulliciosos de los muchachos de la casa con sus amigos, que no respetaban habitaciones ni patios para desarrollarse. Generalmente leía, descalzo o no, caminando a lo largo del primer patio de la casa, que tenía unos 11 metros de largo, en un continuo movimiento de vaivén entre los dos extremos del patio, con un paso regular y acompasado. En el libro que leía señalaba con un trazo marginal de lápiz todo párrafo que le merecía atención, y luego, en la última página en blanco que precede a la contratapa, iba inscribiendo, en orden sucesivo, las páginas donde había párrafos así marcados. En muchos casos esas citas señaladas eran luego transcriptas (por lo general tra-

ducidas) en cuadernos tamaño oficio, de tapas duras, por su propia mano o por la de mi madre, que siempre fué su única secretaria y amanuense.

Los únicos estimulantes que utilizaba para el trabajo intelectual eran el cigarrillo y el té. Pero con la particularidad de que este último se lo hacía "cebar" en un mate y así lo ingería con bombilla. Siempre tenía a mano, en un bolsillo de su saco o en su mesa de luz, algunas tarjetas de propaganda comercial o participaciones de casamiento y un medio lápiz Faber N° 2, para anotar en los reversos libres de éstas, las ideas o reflexiones que pudieran ocurrírsele inopinadamente.

Virtuoso sin alardes, sensato, sabio, y modesto, desinteresado y altruista, amigo de los niños y de los árboles, comprensivo y tolerante para con el error ajeno, inflexible para con la mentira o el engaño, fué sincero y leal en todas sus manifestaciones. Su vocación esencial fué la docencia, y en la Universidad de La Plata, a cuya creación y estructuración concurrió al lado de su entrañable amigo Joaquín V. González, halló indudablemente el clima más propicio para su espíritu. Pero es lo cierto que siempre y dondequiera que estuviera —en su hogar, en la calle o en la cátedra— predicó y enseñó con su irreprochable ejemplo personal.

En su obra escrita puede vérsese tal cual era y tal cual pensaba, como crítico perspicaz e incisivo de los males políticos y sociales de su medio y de su época. Si el correr del tiempo hace indispensables algunos retoques a su obra, su planteamiento general respecto del origen de nuestros males y la manera de remediarlos no ha perdido, por desgracia, nada de actualidad.